

## COMPETIR POR LA PRECARIEDAD

### Consecuencias en las condiciones laborales del sector del textil y la confección tras su liberalización comercial

El primero de enero de 2005 finalizaba el proceso de liberalización del comercio internacional de los productos de la industria del textil y de la confección iniciado diez años antes. La firma del *Agreement on Textiles and Clothing* de la Organización Mundial de Comercio (OMC) por parte de la Unión Europea, Estados Unidos, Canadá y Noruega daba por finalizado el largo periodo de restricciones que regía el *Multifibre Agreement*. Este acuerdo suponía la progresiva liberalización comercial del sector a lo largo de diez años. De este modo, en palabras de Tremosa y Trigo (2003), las potencias mundiales del sector en el nuevo orden textil mundial, es decir, China, India e Indonesia, dejarían de sufrir las limitaciones impuestas a la exportación por los Estados Unidos y la Unión Europea.

Se abría de esta manera un nuevo periodo para el conocido como eje Alcoi-Ontinyent, un entramado de poblaciones valencianas cuya economía se ha construido históricamente sobre los cimientos del sector del textil y la confección. A sus trabajadores, tras una larga temporada siendo la mano de obra barata que la economía requería para solidificar un consumo extensivo, la liberalización les ha impuesto un nuevo peso que soportar a la ya de por sí pesada carga que conlleva un sector especialmente precario en sus formas: han dejado de ser competitivos según los parámetros culturales hegemónicos.

El artículo se basa en una parte de los resultados obtenidos en mi tesis doctoral<sup>1</sup> en la que he analizado la interpretación que los trabajadores del sector del textil-confección de las comarcas de l'Alcoià, el Comtat y la Vall d'Albaida (País Valenciano) dan a la crisis del sector –amplificada por la posterior crisis económica mundial– en términos de percepción de incertidumbre.

---

Recibido: 10-IX-2010

Versión final aceptada: 20-XI-2010

\* Grupo Interuniversitario Copolis. Bienestar, Comunidad y Control Social, Dpto. de Sociología y Antropología Social, Universitat de València, Campus dels Tarongers, Av. Tarongers s/n, 46022 Valencia. Correo electrónico: sandra.obiol@uv.es.

<sup>1</sup> Tesis titulada *Teixir certes. Percepcions i respostes a la incertesa dels treballadors del tèxtil-confecció a l'Alcoià, el Comtat i la Vall d'Albaida*.

La investigación se ha fundamentado en entrevistas en profundidad, realizadas entre los años 2005 y 2008, a 42 trabajadores del sector elegidos según una tipología previamente establecida en la cual se entrecruzan las variables de sexo, edad, nivel de estabilidad en la vinculación con el mercado de trabajo y lugar de residencia. El objetivo central del estudio ha sido conocer la introducción en las estructuras de sentido y en las prácticas cotidianas de la noción de incertidumbre –entendida aquí como la falta de referentes claros para interpretar y planificar, a medio y largo plazo, su situación laboral y vital– y cómo esta noción viene matizada por la posición que ocupan en la estructura social. De hecho, la coyuntura iniciada por la desaparición de las medidas proteccionistas no ha sido más que en definitiva la drástica e inevitable constatación de que el mundo, su mundo, está cambiando y las que han venido siendo sus fuentes de seguridad y significado poco a poco van adquiriendo un nuevo perfil, seguramente no definitivo. Esta situación provoca, según numerosos autores, una aguda, a veces insufrible, sensación de incertidumbre (Bauman, 2001, 2005a, 2005b, 2007; Beck, 1996, 1998, 2000; Giddens, 1998, 2000). Al mismo tiempo he buscado la manera en que esta incertidumbre es paliada por las diferentes fuentes de bienestar con las que contamos en nuestro régimen de bienestar: familia, Estado, mercado y comunidad. En definitiva, cómo los trabajadores del textil-confección gestionan el riesgo en su vida cotidiana.

Mi propósito en este artículo ha sido incidir en el desconcierto generado entre los trabajadores del sector del textil y la confección a raíz de su liberalización. La constatación por parte de estos trabajadores de que los cimientos sobre los que han construido su realidad está siendo fuertemente erosionados, les causa un importante sentimiento de desasosiego, que entiendo como una dimensión de la precariedad, laboral y vital, en la que considero interesante profundizar.

El documento se estructura en dos grandes secciones:

- En primer lugar planteo de qué manera las especificidades del sector del textil y la confección de las comarcas analizadas –el proceso que han atravesado sus padres y madres pero también hermanos, amigos y compañeros, pero, sobre todo, la forma en que han ido construyendo su trayectoria laboral–, han estructurado de manera decisiva la actitud de los trabajadores entrevistados respecto la precariedad laboral y vital.
- A continuación, me centro en la inquietud generada entre los trabajadores por el cambio de las reglas de juego de un sector que en gran medida ha estructurado la vida del territorio que habitan. Confiados en que el progreso mejoraría su calidad de vida, o al menos la de sus hijos, han acabado asistiendo a un proceso en que este mismo progreso ha hecho desaparecer la realidad que conocían y les daba sentido.

### *1. La normal precariedad*

En los últimos años, el mundo del trabajo en la sociedad occidental ha experimentado profundas transformaciones que han diluido la antigua seguridad basada en el empleo. Estamos asistiendo a una extensión del sector informal

de la economía, a la flexibilización del trabajo, a la desregulación legal de grandes sectores de la economía y de las relaciones laborales, el crecimiento del desempleo y del subempleo. La ocupación se encuentra en una vertiginosa escalada de precarización, un término que capta una realidad compleja caracterizada por la incertidumbre en cuanto a la duración del empleo, pobre en cuanto a la autonomía personal y mal retribuido (Recio, 2002: 54). Se sustrae la capacidad de controlar la propia vida a partir de una actividad laboral que, por las condiciones laborales que la caracterizan, sumerge a los afectados en una situación de inseguridad, dependencia y vulnerabilidad frente al futuro, y en relación con la empresa y el mercado de trabajo (Cano, 1998: 68).

La constante referencia a la necesidad de ser flexibles para ser competitivos tanto a nivel económico-empresarial como laboral provoca en las personas un estado de constante inquietud. Tal y como nos señala Sennett (2000), esta flexibilidad en las formas laborales y empresariales tiene su correlato en las relaciones personales y, por supuesto, en el estado de ánimo de las personas. Pero estos efectos no se distribuyen de igual manera para toda la población, son aquellos con una posición más débil en la estructura social (en este caso sobre todo mujeres, jóvenes y trabajadores no cualificados) los que sufren de manera más aguda. Además el contexto valenciano, especialmente precario (Banyuls *et al.*, 2002), agrava esta progresiva precarización de las formas laborales.

En el caso estudiado, la debilidad de las condiciones de trabajo en el sector del textil-confección comarcal es antigua. Un pasado autoritario, un sistema de relaciones laborales débil, dadas las circunstancias políticas e históricas de su configuración, ante los continuos envites del poderoso espíritu de la competitividad económica (Miguélez, 2002; Miguélez y Prieto, 2009), y la sucesión de crisis económicas en el seno de un sector con unas particulares características que lo hace proclive históricamente a la flexibilidad (Beneito, 2003; Recio, 1988), no son precisamente las circunstancias más adecuadas para la protección del trabajador. Y así lo evidencian los entrevistados.

Sus discursos nos muestran un sector donde el trabajo ha sido siempre mal pagado, con una gran presencia de la economía sumergida, una importante siniestralidad laboral<sup>2</sup>, pésimas condiciones de salubridad, y con el completo sometimiento del tiempo de vida de los trabajadores al tiempo de la fábrica. Una precariedad entendida tal como lo hace Ernest Cano (2000: 26), quien enfatiza la dimensión de vulnerabilidad que supone para las personas que la sufren tanto a nivel individual como colectivo:

El elemento que define la precariedad es la falta de control y autonomía de los trabajadores para poder planificar su vida a partir de su actividad laboral, la cual, bien por sus características de acceso y salida (condiciones de em-

---

<sup>2</sup> Un ejemplo extremo es el conocido como «síndrome Ardystil» provocado por un mal uso de los productos químicos utilizados en las aerografías de estampación textil en combinación con unas pésimas condiciones laborales. Causó, a principios de los años noventa, la muerte de seis obreros (de los cuales cinco eran mujeres) y más de cincuenta enfermos de fibrosis pulmonar. Representa según Vogel (1995) la sumisión absoluta al beneficio económico y la aceptación normalizada de la precariedad laboral.

pleo) o por las condiciones de trabajo y salario asociadas, comporta altos grados de incertidumbre y dependencia. No es una perspectiva simplemente individual, sino que refleja un problema de acusada asimetría en las relaciones de poder que definen el marco de las relaciones laborales. La precarización adquiere así, en términos clásicos, un sentido de vulnerabilidad del trabajo frente al capital.

Y esta vulnerabilidad es perfectamente identificable en los relatos de los trabajadores del sector, que se ha introducido en su realidad hasta el punto de considerarla como una parte inherente al mismo sector. Los entrevistados se han socializado en la precariedad, tanto a través de las experiencias de las generaciones precedentes como de las de sus coetáneos; a través de su misma trayectoria laboral y vital; y a partir de la consideración del sector como precario por naturaleza. La precariedad forma parte de su normalidad.

## Un sector profundamente precario

Inestabilidad, inseguridad, imprevisión, temporalidad, paternalismo y arbitrariedad empresarial son algunas de las características definitorias que se traslucen de los discursos de los trabajadores. Los rasgos que definen el sector son un elemento clave en la precarización del día a día: empresas de tamaño reducido –que viene a facilitar una mayor tendencia al paternalismo, incluso autoritarismo, y una menor incidencia del sindicalismo, por lo tanto una menor capacidad para hacer cumplir los derechos laborales (Miguélez y López, 1989)–, alta feminización –sobre todo en la confección–, elevada estacionalidad... La precariedad anega el sector del textil y la confección en las comarcas; resulta muy complicado escapar, sencillamente porque, como nos dicen, el sector es así:

– A nosotros nos traen los modelos y el cliente pide, pues 230 de este modelo, 230 de este modelo y 230 de este modelo. Por poner una cantidad, a veces son más, eso depende de lo que el cliente quiera, «y lo quiero para dentro de tres días».

– *¿Tan rápido?*

– La confección es así, la confección es de hoy para hoy.

(Mónica, 40 años)

Y la actual crisis del sector, agravada por la confluencia con la crisis económico-financiera de finales de esta década, profundiza aún más en el carácter precario del mismo. La coyuntura que atraviesa el sector, con el desempleo como una dimensión fundamental, sirve de justificación de cualquier cambio en la gestión de la fuerza de trabajo, aunque suponga un empeoramiento de la calidad de las condiciones de trabajo. No en vano, como evidencia la siguiente entrevistada, no están para pedir:

– Pues... el mío [el convenio] no es de los mejores. El del plástico y otras ramas está mejor. El mío no es... Pero bueno, se consiguieron alguna cosas

que... todo lo que sea para beneficiar, mientras no perjudique... Pero claro, es lo que decimos, que ahora no se puede pedir<sup>3</sup>.

(Sara, 27 años)

Con todo, los entrevistados apelan a la normalidad al referirse a las pésimas condiciones de trabajo del sector. No se considera una excepción, sino la norma, y es éste el hecho más trascendental, ya que nos muestra una precariedad compartida y generalizada, pero además una total sumisión a la situación puesto que no hay nada mejor.

– Te acostumbras a la fuerza, porque es la necesidad que tienes del día a día, no hay más.

(Pepe, 43 años)

Como consecuencia de esta situación encontramos en las palabras de los entrevistados un cuestionamiento de los –escasos– derechos laborales de los que gozan los trabajadores del sector en las comarcas. Unos derechos que a los trabajadores locales les han supuesto años de esfuerzo y lucha conseguir pero que parece que hayan interiorizado como una concesión del capital, que hoy, ante la competencia de otros países, pero sobre todo al considerar esta competencia en términos de competitividad económica, pierden solidez.

– Aquí se ha limitado a que el trabajador tuviera unos derechos que los de fuera no tienen [...]. Y claro, el empresario tiene que hacer frente a unas obligaciones, por ejemplo la Seguridad Social, el IRPF y todo eso..., que estas personas no tienen. Y yo pienso que es de los máximos obstáculos que puede haber. Claro, porque eso es un dinero que el empresario tiene que hacer frente [...] Al empresario le cuesta mucho dinero y el trabajador ha conseguido muchas cosas que estas personas no tienen y eso es un obstáculo.

(Juan Carlos, 45 años)

Las palabras de Juan Carlos ponen de manifiesto un elemento común en los discursos de los entrevistados: su mayor facilidad para empatizar con los intereses y necesidades del empresariado que con los de los mismos trabajadores. El proceso de individualización de las relaciones laborales que se ha producido en las últimas décadas ha dado su fruto: se ha trasladado el posible conflicto frente al capital a los compañeros de trabajo, lo que les resta fuerza colectiva y por tanto les supone una mayor precariedad.

## La precariedad heredada

Muchos de los padres y madres de las personas entrevistadas han trabajado en el textil-confección, pero también en otros sectores donde las condiciones laborales no eran mucho mejores. La precariedad laboral y vital está presente en la vida de todas las generaciones implicadas en el estudio.

---

<sup>3</sup> La mayoría de las entrevistas se hicieron en catalán, en consecuencia para este texto los extractos de las entrevistas incluidas han sido traducidas.

- *¿Tu padre trabajaba en el textil?*
- Sí, toda la vida, tejedor. Era una época en que estaba de moda que se quemaran las fábricas de noche.
- *Sí, ya lo recuerdo, ¿afectó a tu padre?*
- Sí, sí, lo echaron a la calle, ya tenía una edad bastante crítica, no lo contrataban en ningún lado, solo hacía faena de noche, sin contrato...

(Toni, 39 años)

- A mi madre yo la he conocido en mi casa toda la vida haciendo mantas de cordones que las llaman, mantas de viaje. Le traían las piezas y ella en casa trabajaba. Bueno hacía la faena de casa y después esto.

(Inma, 40 años)

El recuerdo de la precariedad respecto a sus progenitores es evidente en los discursos de los entrevistados. Pero no solo la socialización en la precariedad proviene de la situación laboral, sino que ésta se extiende a la vida cotidiana de las familias. La austeridad vital que impregna las prácticas de los entrevistados es común en el relato de sus experiencias –con un claro protagonismo de las mujeres en la gestión de los recursos familiares–, una conciencia de la carencia que se les ha quedado grabada en la memoria.

- Mi madre no ha salido nunca a ningún lugar. Mi madre a mí no me ha comprado nunca ropa. Mi abuela se sentaba, hacía punto, compraba la lana y me hacía una bata de lana. Mira, ahora se estilan. Me hacía toda una bata, me ponía unas medias, unos leotardos, y me iba con eso a pasear. Y chaqueta no he tenido nunca, ni abrigo tampoco. Usaba las de mi hermano. A él se la compraban porque iba a Valencia, a mí no.

(Carmina, 41 años)

Y muchas veces la precariedad no es tanto aprendida como inducida. La situación económica de los padres conduce a una entrada precoz en el mercado de trabajo, un hecho común en la muestra de esta investigación y no solo entre los entrevistados de más edad, donde es casi la norma, sino también entre los más jóvenes.

Por tanto, como veremos a continuación, los entrevistados han heredado las condiciones de precariedad laboral que les han acompañado en la infancia y juventud. Aunque para algunos ha mejorado su posición vital –autoevaluada a través de la capacidad de consumo–, la movilidad social es apenas trascendente.

## Una trayectoria precaria

El elemento principal que influye en la actitud para enfrentarse a las precarias condiciones laborales, a la incertidumbre en definitiva, es la trayectoria personal, que se encuentra estrechamente ligada a las anteriores dimensiones, es decir, a las características del sector en el que trabajan y a la posición en la estructura social de su familia. La presencia más o menos prolongada en trabajos mal pagados, intermitentes e imprevisibles, deja

una huella importante en las conciencias de los entrevistados y por tanto en la manera de encarar la situación actual.

En primer lugar, la gran mayoría de los entrevistados, excepto los trabajadores más cualificados que cuentan con estudios superiores, han empezado a trabajar muy jóvenes, muchos al terminar los estudios primarios –o sin llegar a finalizarlos– o bien después de interrumpir los estudios secundarios. Las necesidades económicas de sus familias, su escaso apego a los estudios –que no deja de ser una señal de clase–, y la cierta facilidad con la que pueden encontrar un puesto de trabajo en el territorio analizado los empujan directamente al trabajo remunerado (Carbonero, 1997).

Como se aprecia a lo largo de sus discursos, la familia, sobre todo los padres, son el puente esencial de su entrada al mercado laboral de trabajo. Son ellos los que buscan un trabajo, generalmente de condiciones muy frágiles, para que los hijos comiencen su carrera laboral. Inmersos pues desde muy jóvenes en el mercado de trabajo, las trayectorias laborales de los entrevistados se diferencian someramente, ya que tienen un poderoso vínculo común: la precariedad de las condiciones laborales.

- Y empecé con 14 años. No había trabajo, yo recuerdo que era al principio de mandar Felipe González y por lo que fuera no había trabajo en el país, iba muy mal la economía. Y me apunté al paro, por apuntarme, porque total no me han llamado nunca. Y mi abuelo, que entonces vivía, tenía unos telares de estos antiguos y me metí allí a ayudarlo. Mi padre le dijo: «Mire, téngalo aquí hasta que haga más edad y encuentre algo». Hasta que casi me fui a la mili. Alguna vez salía, por salir un poco de la rutina de casa de mi abuelo: hay que recoger aceitunas, pues vamos a Beneixama, o hay que recoger manzanas en Bocairent, y me apuntaba con un amigo y nos sacábamos un extra. Y a los 14 años empecé así.  
(Pepe, 43 años)

La precariedad laboral en la que alternan economía formal e informal, la industria –textil, juguete, plástico, calzado– y la construcción, con la escasa agricultura que aún existe en las comarcas, se extiende a lo largo de toda su vida. Son pocos los que han mejorado sustancialmente las condiciones vitales que tenían en el momento de ponerse a trabajar. Y además la estabilidad, que resultaba ser la única característica reconfortante de su trabajo –es decir, se tenía un empleo de mala calidad pero a lo largo de un extenso periodo de tiempo–, hoy, ante los cambios que se están produciendo en el sector, pero también en el mercado de trabajo, se está desvaneciendo.

De hecho, la principal diferencia en las trayectorias de los trabajadores se basa en el grado de intermitencia de los puestos de trabajo y por tanto en la presencia del desempleo. Y ello establece una divergencia fundamental, pues el paro, y sus consecuencias, marcan profundamente las representaciones y prácticas de los trabajadores, contribuyendo decisivamente a la asunción de condiciones de trabajo precarias. Un paro que, con las numerosas crisis por las que ha pasado el sector, ha entrado a formar parte inseparable de su realidad, siendo su prioridad la participación en el mercado de trabajo, sea en las condiciones que sea (Cano, 2004).

Y en esta inestabilidad, en la itinerancia entre diferentes puestos de trabajo, las protagonistas absolutas son las mujeres. Presentan las trayectorias

laborales y vitales más degradadas, sin embargo la subordinación de su posición en el mercado de trabajo a su responsabilidad en la esfera privada comporta que relativicen su situación. Consideran su participación en el mercado laboral de trabajo como una ocupación secundaria, siempre pendiente de lo que ocurra en el hogar-familia, incluso buscan ellas mismas una inestabilidad –por ejemplo, a través del trabajo en casa en condiciones de informalidad– que les permita compatibilizar con facilidad las tareas de cuidado con el trabajo remunerado. Esta percepción cambia, eso sí, en mujeres sin pareja, en especial aquellas que encabezan familias monoparentales en las que su responsabilidad exclusiva en ambas esferas –productiva y reproductiva– junto a la precariedad de su puesto de trabajo, les genera un profundo malestar.

Y ante esta situación no es extraño que sean las mujeres las que más claramente expresen su alegría al encontrar un trabajo con unas condiciones laborales estándar, por mínimas que sean; por ejemplo, no recibir gritos en el trabajo, considerarse valoradas por su trabajo, que no controlen férreamente todos y cada uno de sus movimientos... Los derechos laborales más básicos acaban representando para ellas un triunfo, no en vano suponen una gran mejora vital y, como bien dicen, se aferran con fuerza a aquel lugar que les proporciona un mínimo de bienestar, un bienestar que saben, por experiencia, escaso. Y eso tiene como contrapartida, no podemos obviarla, una más fácil admisión de la degradación de las condiciones de trabajo, puesto que son conscientes de que la situación aún puede empeorar.

– ¿Qué cobro? ¡Mileurista! [ríe] Mil y un poquito. Por eso que como antes había estado en contratos de media jornada, trabajando a destajo... cuando entré aquí la primera vez, para mí fue la cosa muy grande, que si yo hubiera estado trabajando con la gente de antes, ¡nos hubiéramos puesto a saltar de alegría! Lo que pasa que ahí me lo tuve que callar [reímos]. Cuando estás así trabajando tan mal, cuando tienes una seguridad y una calidad de trabajo, te agarras a eso como un hierro caliente.

(Inma, 40 años)

Por otro lado, el contexto en el que se mueven no es especialmente propicio para fortalecer su posición como trabajadores. Con amigos, compañeros de trabajo, y sobre todo parejas, en circunstancias muy parecidas o peores a las suyas; en un sector que pasa por una importante crisis donde los cierres de fábricas y talleres son constantes; con el eco mediático de la crisis económica y financiera actual... Factores todos ellos que condicionan la configuración de las estructuras de sentido de los trabajadores entrevistados. La precariedad no hace distinciones y es un elemento que forma parte de su realidad desde hace años.

Como hemos visto, la precariedad marca la vida de los trabajadores de manera profunda, tanto que es complicado, desde fuera, seguir y componer su vida laboral, incluso a ellos mismos les cuesta mucho relatarla. Son pocos –y siempre hombres– los que tienen un trabajo a lo largo de toda su vida, y aun así las condiciones en las que trabajan son duras. Sin embargo es la estabilidad la característica más codiciada, pues les permite establecer una mínima proyección futura tanto en su vida laboral como en la personal. Y hasta

ahora esta estabilidad se veía factible. Hoy han de enfrentarse a profundos cambios que hacen tambalear las pautas en las que se han socializado.

## *2. El desconcierto de los trabajadores del textil-confección*

Durante años el sonido de los telares ha impregnado la vida cotidiana de los trabajadores entrevistados. La industria del textil y de la confección ha marcado la historia de la comunidad a la que pertenecen pero también su historia personal. En definitiva, el sonido de los telares les ha proporcionado herramientas, compartidas con su grupo de referencia, para poder interpretar la realidad que les rodea y que han resultado ser válidas hasta hace bien poco. Precisamente hasta que los procesos que acompañan a la modernización reflexiva –globalización e individualización principalmente– están socavando la utilidad, y por tanto la legitimidad, de estas claves interpretativas.

En este apartado pretendo resumir los principales resultados de la investigación acerca de la sensación de aturdimiento que les causa a los trabajadores del sector del textil y la confección la nueva situación que ha abierto la liberalización del comercio de los productos que fabrican. La emergencia de otros países como competencia directa ha diluido los contornos de su realidad. A este respecto cabe diferenciar a los trabajadores entrevistados en dos grupos: los trabajadores de edad más avanzada que han construido su identidad sobre pautas culturales propias de la Primera Modernidad –en palabras de Beck (2000, 2002)–, y los trabajadores más jóvenes a priori socializados en parámetros totalmente diferentes, donde el cambio y la incertidumbre ocupan un lugar central.

### Aturdidos por el cambio

Los trabajadores de edad más avanzada han construido su percepción del mundo a partir de su empleo en el sector del textil y la confección. Las largas trayectorias laborales, pero también las interminables jornadas, que han monopolizado su tiempo, hacen de la actividad industrial el centro de sus vidas pero también del mundo que conocen. En su caso apenas han disfrutado de lo que se conoce como «norma de empleo estable» (Prieto, 2002), consistente, a grandes rasgos, en un puesto de trabajo a tiempo completo e indefinido, encuadrado en férreas estructuras jerárquicas donde horarios, sueldos, funciones, etc., estaban perfectamente establecidos; la planificación y la previsibilidad eran positivamente valorados, igualmente se confiaba en la gestión estatal de los riesgos laborales y vitales. Para los entrevistados esta «norma de empleo estable» solo la han conocido como un ideal a cumplir; el desarrollo histórico del Estado español no contribuyó a la generalización de estas condiciones laborales.

Sí considero que han interiorizado una idea del buen trabajo y, por tanto, del buen trabajador, idea que emerge con recurrencia a lo largo de sus discursos. En primer lugar, valorando especialmente el componente artesanal de sus tareas que contrasta con el escaso interés de la industria

por sus conocimientos como trabajadores manuales. De hecho, los entrevistados manifiestan su indefensión ante la modernización de los procesos de producción, así como el cansancio por unos ritmos de trabajo impuestos por la tecnificación de las tareas junto al cambio de rutinas temporales y funcionales interiorizadas como propias durante años.

- Hombre, antes una persona que sabía hacer el nudo catalán, que es el más importante del textil, pues donde iba tenía faena. Hoy una máquina te la pega.  
(Chelo, 47 años)

Paradójicamente la práctica totalidad de los trabajadores entrevistados abogan como solución a la crisis por un cambio profundo de las maneras de producir del sector, optando por artículos que requieran elevados componentes de innovación e investigación y que, dadas sus características –la mayoría cuentan con un nivel de estudios muy básico–, no protagonizarán.

En segundo lugar, han asumido una especie de ética calvinista en que el trabajo ocupa un lugar prioritario y donde nada personal, ninguna enfermedad, ningún incidente, únicamente lo más grave e inevitable, puede alterar la rutina y las obligaciones laborales. Sin embargo, los valores que defienden –esfuerzo, austeridad, centralidad del trabajo remunerado, lealtad...– no concilian en absoluto con las prácticas empresariales a las que asisten diariamente. Son conscientes de que ya no sirve de nada la fidelidad a una empresa, por ejemplo, dado que los resultados serán los mismos: se pueden quedar sin empleo y sin los derechos sociales que se le vincula y se acumulan (antigüedad, indemnización, pensión de jubilación...). Por tanto, la idea de la postergación de la recompensa propia de la etapa fordista (Young, 2007) ya no tiene validez y eso les inquieta profundamente.

En cuanto a la valoración de su trayectoria laboral pocos consideran que hayan conseguido mejorar sus condiciones de trabajo, otra cosa es su calidad de vida. Muestran en general una tendencia a valorar su posición como un progreso respecto a la calidad de vida de las generaciones que les anteceden, identificadas con los padres. Pero se trata de una promoción social valorada en términos de consumo: un mayor poder adquisitivo es para la gran mayoría una señal de mejora del nivel de vida. Igualmente valoran la libertad de acción, pues muchos se han criado en sociedades rurales profundamente conservadoras y con pocas opciones de ocio. Pero la clave de esta consideración de mejora se encuentra en el nivel de expectativas que se construyen que, como afirman, ha de ser consecuente con el lugar que se ocupa en la sociedad.

- Uno no es más feliz por tener más sino por desear menos. Si tú te acoplas a lo que tienes y no le pides a la vida más de lo que te puede dar, no tienes por qué no ser feliz. Y esa es la política que gastamos en mi casa. Cuando hay, hay, y cuando no hay, no hay.  
(Miguel, 53 años)

Por lo tanto, aunque para muchos su nivel de vida se ha incrementado respecto a las generaciones anteriores, ocupan el mismo lugar en la estructura social, solo que pueden comprar más, pero siempre dentro de un orden, por supuesto.

La «norma de empleo estable», apenas siquiera rozada por quienes trabajan en el sector del textil y la confección, hoy se ha disipado prácticamente, y con ella la esperanza de un futuro mejor, recompensa a una trayectoria de sometimiento a la precariedad laboral. De entrada se vislumbra un futuro oscuro para el sector donde trabajan.

He encontrado diferencias según el momento en que se realizaron las entrevistas: en aquéllas realizadas al inicio de la investigación, durante los primeros meses de 2005, la percepción de la situación y las opiniones que manifestaban las personas con las que conversaba son fruto de la inmediatez de la situación, del desconocimiento respecto a los efectos de la liberalización del comercio de los productos del sector, aunque ya se apuntan perniciosas para su posición. No han digerido aún del todo su progresiva sustitución como mano de obrapreciada. Además la economía, salvo en los sectores industriales tradicionales muy presentes en el País Valenciano, va bien, y por tanto se sienten aislados. La situación del sector textil-confección genera entre las personas afectadas una profunda desazón, sobre todo al comprobar el goteo constante de cierres de empresas y pequeños talleres:

– El textil para mí va mal. [...] Hoy en día alguien que está en la construcción..., mis hijos veo que no paran, faena tienen por encima de la cabeza.

(Jose, 48 años)

En la segunda fase de entrevistas (2007-2008), esta situación ha cambiado. La crisis del sector se ha agravado y se ha extendido a otros sectores. Estamos en pleno estallido de una crisis económica mundial que les hace más pesimistas respecto a su futuro. Al mismo tiempo viven la situación del textil-confección sin la furia inicial, asumiendo su destino fatal.

– La construcción hoy en día es un caos, están cerrando empresas de construcción, muchísimos bloques de pisos los tienen parados porque no pagan, están echando a muchísima gente al paro. Ahora la que se está salvando un poco es la hostelería pero porque viene el verano, cuando ahora venga septiembre verás lo que pasa [...]. Muy optimista no soy.

(Alfredo, 52 años)

La incertidumbre que les supone la crisis del sector es más aguda entre los hombres y mujeres de edad más avanzada que han estado toda la vida trabajando en el sector y no tienen más experiencia laboral. No saben hacer nada más, dicen, y consideran que es demasiado tarde para empezar de nuevo. Temen por otro lado perder los –escasos– derechos adquiridos tras una larga trayectoria profesional, sobre todo respecto a la jubilación, aunque tampoco están seguros de que aferrándose a su puesto de trabajo consigan proteger estos derechos. La evidencia del cambio es vivida como una desgracia, como una mala apuesta por parte de ellos, una mala elección.

La escasa confianza que muchos tienen en el progreso es más visible entre los trabajadores más precarios, sobre todo mujeres, quienes no han alcanzado las expectativas construidas, de nuevo, en términos de consumo. Estas expectativas, autoestablecidas, son, por otro lado, una muestra de la cultura obrera predominante: un nivel de bienestar basado en los productos

de consumo duraderos, pero sobre todo, como bien expresa Inma, en poder adquirir una vivienda:

- Hombre mi ilusión hubiera sido comprarme un piso.
- *¿No te gusta el que tienes?*
- Vamos a ver, tú estás trabajando y quieres tener, no sé, decir: bueno esto ha sido el fruto de mi faena. Lo que pasa es que lo veo muy mal para comprarme el piso.
- *¿Son muy caros?*
- Sí, y la inseguridad que tienes en el trabajo.

(Inma, 40 años)

Muchos de los entrevistados no han conseguido mejorar la situación de sus padres e incluso notan un descenso de la calidad de vida respecto a sus años de juventud. Aun así la precariedad en la que vivían las generaciones anteriores facilita en gran medida su superación y por tanto la evidencia del progreso. No mantienen la misma opinión al referirse a las generaciones más jóvenes, la preocupación por su futuro y la desconfianza en su mejora es especialmente angustiada. La idea de un progreso constante y ascendente ha desaparecido.

De esta manera aconsejan a los más jóvenes seguir los mismos parámetros que aplican a su vida. Para los entrevistados el bienestar depende siempre de un factor ajeno e incontrolable: la suerte, el destino. Sin embargo se requiere del esfuerzo diario, la abnegación en el trabajo, una actitud de austeridad vital constante. Destino y esfuerzo individual son para los entrevistados la receta del éxito, síntoma claro de la concepción atomizada que tienen de la vida y que debilita todavía más su posición estructural.

En conclusión, el volumen y la estructura del capital de este sector económico en las comarcas estudiadas muestran en la actualidad su profunda debilidad. Los hombres y mujeres que trabajan en el mismo han construido su *habitus* sobre una trayectoria histórica y estructuradora que hoy da signos de agotamiento, por lo tanto lo que han dado por supuesto durante años, heredado generación tras generación, ha de ser modificado, lo cual les genera incertidumbre. El *habitus* requiere de regularidades que hoy están dejando de existir y por lo tanto esto incrementa su desasosiego (Bourdieu 1991, 2003; Bourdieu y Wacquant, 1994). Además pierden la reciprocidad del fordismo que disfrutaron de manera muy fugaz pero que han incorporado culturalmente a su interpretación del mundo. La precariedad siempre presente en sus vidas allana el camino a la dominación, y eso les oscurece aún más su perspectiva de futuro.

### *3. La experiencia de los más jóvenes*

He querido incluir un apartado referido a los trabajadores más jóvenes, para lo que me he centrado en los entrevistados menores de 40 años. Creo que es interesante poder distinguir los discursos de aquellas personas socializadas en una determinada norma social de empleo y familiar, respecto a aquellas socializadas ya en tiempos de cambio donde el merca-

do de trabajo, la familia y el Estado, y sobre todo el sector en el que trabajan, están variando profundamente su contenido. También porque es el colectivo más castigado por la precariedad laboral y vital, además de que, como apuntan Mills, Blossfeld y Klijzing (2005), los jóvenes son los más perjudicados en esta sociedad del riesgo en la que vivimos, para los autores, enclavada en el curso de la globalización.

Es evidente la homogeneidad de las situaciones, sobre todo laborales, que viven los entrevistados más jóvenes: una temprana entrada al mercado de trabajo, largos periodos ocupando el mismo puesto, un empleo especialmente precario, afectados por la crisis del sector, la confianza extrema en la familia como puntal esencial de su vida... El ciclo socializador en la precariedad laboral no se ha roto. Los más jóvenes de la muestra, también los hijos de los entrevistados, padecen la inestabilidad del sector –pero también del mercado de trabajo en general– como una norma de la que con mucha dificultad podrán huir, como pone de manifiesto la siguiente entrevistada:

– *¿No tienes contrato?*

– Al principio yo pensaba que sí. Yo estaba trabajando en otra fábrica de conos y tampoco me hacían contrato ni nada, además hacía de ocho de la mañana a siete de la tarde. Igual no iba a casa ni a comer, y cobrar súper poquito. Y nada, el único chico que hay es familia mía, es primo de mi madre, y me lo dijo, que aquí contrato no sabía si me harían lo único era que era menos pesado, que haría de dos a ocho. Y por ahora no, por ahora estoy haciendo de dos a diez porque hay mucho trabajo.

(Noelia, 19 años)

Todavía, como ocurría en generaciones anteriores, los padres sirven de plataforma de entrada en el mercado de trabajo. La diferencia, no obstante, es un mayor deseo de que los jóvenes estudien. Representa la máxima expectativa de muchos de los entrevistados respecto a sus hijos, siempre y cuando las condiciones económicas familiares lo permitan. Las expectativas que depositan en los estudios como elemento de promoción social representan un punto de inflexión entre la generación de los padres de los trabajadores de edad más avanzada –reticentes a que sus hijos estudiaran, en especial en el caso de las mujeres– y la de los adultos que he entrevistado, o bien los padres de los entrevistados más jóvenes. Sin embargo, esta expectativa no siempre se cumple, bien porque abandonan los estudios, bien porque a pesar de la formación su inclusión en el mercado de trabajo no es tan buena como esperaban.

La precariedad acompaña la realidad de su entorno más inmediato, la familia pero también los amigos, como ocurre en el caso de los trabajadores de edad más avanzada. Igualmente coinciden entre ellos en los valores en los que confían: el esfuerzo, el sacrificio, el cuidado de la familia, etc. Pero el rasgo más abrumador que encuentro en sus discursos, que viene a converger con la actitud de los entrevistados más mayores, es la escasa confianza en el progreso; en un progreso evaluado sencillamente en conseguir una vida mejor que la de sus padres, lo que viene a medirse, de nuevo, en términos de consumo, pero también en términos de estilos de vida más

congruentes con las clases medias: viajar, poder salir libremente a disfrutar del ocio... Ante esta comparación el pesimismo se adueña de ellos, no en vano su trayectoria personal es una buena prueba de que el progreso no existe. En general no confían en alcanzar el nivel de vida de generaciones anteriores; el sector ya ha dado todo lo que tenía que dar y ya no procurará el mismo nivel de bienestar económico que años atrás.

– Aquí la gente ha ganado mucho dinero. Tú ves ahora un hombre de esos de toda la vida, un hombre que ha estado ahí desde pequeño, el jornal que cobra eso no lo cobraremos nunca ahora, ¿sabes? Ha ido muy bien y hay gente que ha llegado a mucho del textil. Pero hoy en día no, hoy en día... yo he entrado cobrando x, sé que acabaré y ni me lo subirán ni nada, ni podré hacer un chalet ni nada. Antes sí, antes hay gente que ha ganado mucho dinero, gente que la ves y dices ¡ostras! Yo qué sé, yo se lo pregunto a mi madre, gente más mayor: «¿Y éste?». Y mi madre me dice: «Trabajaba en una fábrica». No es que hayan estudiado carrera ni nada.

(Sara, 27 años)

En este caso contar con un nivel de estudios superior establece una clara diferencia, pues los jóvenes más cualificados –coincide formación superior con menor edad– sí perciben una mejora respecto a las generaciones que les han precedido. Igualmente valorado, a grandes rasgos, respecto a su capacidad de consumo y su estilo de vida:

– Sí, la diferencia es esa, mis padres no podían viajar. Nosotros no teníamos un apartamento en la playa. No podíamos ir a veranear, en verano estábamos en Alcoy, siempre [...]. Yo sí, yo me voy todos los años de viaje. No uno, el de verano es uno y después en octubre hago otro, y si se presenta hacer otro, hago otro.

(Carmen, 39 años)

En este sentido los trabajadores más cualificados han tenido una trayectoria laboral menos dolorosa que la mayoría. Sin embargo tampoco ellos escapan a la precariedad, aunque ni sufren el mismo tipo de precariedad ni la interpretan de la misma manera. Para ellos determinadas condiciones de su trabajo (las largas jornadas, la sobrecarga de trabajo, etc.) representan el coste que han de aceptar por tener un empleo adecuado a sus estudios.

La diferencia esencial radica pues en el nivel de calificación laboral, que se encuentra muy estrechamente relacionado con la formación aunque no se trata de una relación necesaria. Sin embargo, a grandes rasgos, los jóvenes coinciden con los adultos en que se ha desvanecido la confianza en el progreso (Castel, 1995) y esa asunción les genera un elevado grado de inquietud, no se sienten capaces de dirigir su vida, de elegir el camino que recorrer, a pesar de los mandatos de la cultura hegemónica actual.

### *Conclusiones*

En los discursos de los trabajadores es patente una profunda sensación de malestar. Día tras día han estado haciendo un trabajo profundamente

monótono, peligroso, agotador..., soportado, en parte, por la necesidad de ganarse la vida pero también por la expectativa de alcanzar un mínimo bienestar económico para ellos y para sus hijos. Además, es una sociedad donde durante décadas las prácticas culturales y la sociabilidad, el interés económico, político y mediático, la organización de la vida cotidiana en definitiva, han girado en torno al sector y los ha hecho partícipes de una misma comunidad. Este sentimiento de pertenencia, junto con la esperanza de caminar por una senda en ascenso progresivo, o al menos no de bajada –lo que por otra parte ha sido cierto durante un corto periodo de tiempo–, ha ayudado a asumir unas condiciones de trabajo a menudo extremas.

Y, como si de un juego perverso se tratara, interpretan la mejora en sus condiciones laborales como la que les ha hecho perder valor en un mercado laboral ahora, con la liberalización, mucho más amplio. Por lo tanto quedan desconcertados ante una situación que no está en sus manos resolver, aunque la nueva cultura del capitalismo les diga que son ellos los únicos responsables y por tanto los únicos que lo pueden solucionar (Sennett, 2006). El mundo que han conocido, en el que se han socializado, está desapareciendo y los trabajadores son los que tienen menos herramientas a su alcance para comprender este cambio, y por supuesto para poder reaccionar.

De hecho, las recetas conocidas para plantar cara a las crisis que cíclicamente se han dado en el sector, ya no sirven. Ya no les resulta útil, aunque lo hagan, trabajar más horas por menos dinero, mostrar una mayor sumisión a unas normas en constante cambio... Han asumido como normal la precariedad de las condiciones de trabajo del textil y la confección, pero no entraba en sus expectativas la profunda transformación que se está dando en el sector, adquiriendo unos perfiles totalmente diferentes. Como bien dicen han pasado por muchas crisis, ninguna como ésta, ninguna sin una solución visible.

Y ante esta situación emergen los –escasos– derechos laborales conseguidos como un verdadero estorbo, en especial para los empresarios quienes en nombre de una concepción unilateral de la flexibilidad empeoran las condiciones de trabajo y vida de los empleados en el sector. Pero también respecto a los mismos trabajadores, por una parte porque en momentos de necesidad se diluyen con una facilidad flagrante, dejándolos a la intemperie, sin lugar donde resguardarse; por otra parte, porque conciben estos derechos como un obstáculo para poder competir con los trabajadores de otros países. Consideran que los beneficios que les generan estos derechos no han servido para mejorar sustancialmente sus vidas y sí para restarles competitividad. Siguen viviendo en la precariedad en la que han vivido sus padres y madres, y en la que vivirán, todavía más, sus hijos. Pero ahora, sin embargo, carecen de la certeza de que el textil-confección continuará formando parte de su vida. Consideran que el progreso en el que habían confiado sus esperanzas de futuro les muestra la peor cara, les pone de manifiesto que el nivel de precariedad que habían asumido como aceptable y normal es insuficiente, que el mercado les reclama una mayor precariedad.

Acaban compitiendo diariamente por la precariedad no únicamente con los trabajadores más cercanos sino también con los más lejanos. Pues, como muchos de los entrevistados mantienen, ellos han sido chinos antes.

## Referencias bibliográficas

- Banyuls, J.; Cano, E. y Pitxer, J. V. (2002), «El “model” valencià d'ocupació», *Arxius de Ciències Socials* 7, pp. 83-109.
- Bauman, Z. (2001), *Community. Seeking Safety in an Insecure World*, Cambridge, Polity Press.
- (2005a), *Vidas desperdiciadas. La modernidad y sus parias*, Barcelona, Paidós.
- (2005b), *Amor líquido. Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*, México, Fondo de Cultura Económica.
- (2007), *Liquid Times. Living in an Age of Uncertainty*, Cambridge, Polity Press.
- Beck, U. (1996), «Risk Society and the Provident State», en Lash, S.; Szerszynski, B.; Wynne, B. (eds.) *Risk, Environment and Modernity. Towards a New Ecology*, Londres, Thousand Oaks/Nueva Delhi, Sage, pp. 27-43.
- (1998), *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*, Barcelona, Paidós.
- (2000), *Un nuevo mundo feliz. La precariedad del trabajo en la era de la globalización*, Barcelona, Paidós.
- (2002), *La sociedad del riesgo global*, Madrid, Siglo XXI.
- Beneito, A. (2003), *Condicions de vida i salut a Alcoi durant el procés d'industrialització*, Alcoi, UPV Campus Alcoi.
- Bourdieu, P. (1991), *El sentido práctico*, Madrid, Taurus.
- (2003), *Las estructuras sociales de la economía*, Barcelona, Anagrama
- y Wacquant, L. (1994), *Per a una sociologia reflexiva*, Barcelona, Herder.
- Cano, E. (1998) «La investigació sobre la precariedad laboral al País Valencià», *Arxius de Ciències Socials* 2, pp.167-178
- (2000), «Análisis de los procesos socioeconómicos de precarización laboral», en E. Cano, A. Bilbao y Standing, G. (eds.), *Precariedad laboral, flexibilidad y desregulación*, Valencia, Alemania, pp. 25-68.
- (2004), «Formas, percepciones y consecuencias de la precariedad», *Mientras tanto* 93, pp. 67-82
- (2007), «La extensión de la precariedad laboral como norma social», *Sociedad y Utopía. Revista de Ciencias Sociales* 29, pp. 117-137.
- Carbonero, M. A. (1997), *Estrategias laborales de las familias en España*, Madrid, CES.
- Castel, R. (1995), *Les métamorphoses de la question sociale. Une chronique du salariat*, París, Fayard.
- Giddens, A. (1998), *Modernidad e identidad del yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea*, Barcelona, Península.
- (2000), *Un mundo desbocado. Los efectos de la globalización en nuestras vidas*, Madrid, Taurus.
- Miguélez, F. y López, P. (1989), «El trabajo en la pequeña empresa española. ¿Una perspectiva alternativa?», *Papers. Revista de Sociología* 32, pp. 63-87.
- Mills, M.; Blossfeld, H. P. y Klijzing, E. (2005), «Becoming an adult in uncertain times. A 14-country comparison of the losers of globalization», en H. P. Blossfeld, E. Klijzing, M. Mills y K. Kurz (eds.) *Globalization, Uncertainty and Youth in Society*, Londres/Nueva York, Routledge, pp. 423-441.

- Prieto, C. (2002), «La degradación del empleo o la norma social del empleo flexibilizado», *Sistema* 168-169, pp. 89-106.
- Recio, A. (1988), *El trabajo precario en Cataluña. La industria textil lanera del Vallès Occidental*, Barcelona, UAB.
- (2002), «Paro, precarización laboral e ideologías económicas», *Sistema* 168-169, pp. 53-70.
- Sennett, R. (2000), *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*, Barcelona, Anagrama.
- (2006) *The Culture of the New Capitalism*, New Haven/Londres, Yale University Press.
- Tremosa, R. y Trigo, J. (2003), «La empresa textil española en el contexto europeo», *Boletín económico de ICE* 2768, mayo, pp. 1-9.
- Vogel, L. (1995), «El descubrimiento del síndrome Ardystil: discurso médico y relaciones entre precarización y salud», *Sociología del Trabajo* 23, pp. 11-127.
- Young, J. (2007), *The Vertigo of Late Modernity*, Londres, Thousand Oaks/Nueva Delhi, Sage.

**Resumen: «Competir por la precariedad. Consecuencias en las condiciones laborales del sector del textil y la confección tras su liberalización comercial»**

El primero de enero de 2005 se daba por inaugurada, aunque con matices, la exención de cuotas proteccionistas en el comercio mundial de los productos del textil y la confección. Emergían, de este modo, nuevos y poderosos competidores para los trabajadores del sector y con ello se incrementaba su fragilidad.

En el artículo sintetizo parte de los resultados obtenidos en la elaboración de mi tesis doctoral donde analizo los efectos de esta liberalización en las condiciones laborales del sector en l'Alcoià, Comtat y Vall d'Albaida, comarcas valencianas cuya identidad e historia se encuentran profundamente vinculadas a la industria textil.

A las pésimas condiciones de trabajo que tradicionalmente ha soportado el colectivo estudiado, se le añade ahora la inseguridad e inquietud que supone ser consciente de su más que probable sustitución como mano de obra.

*Palabras clave:* precariedad, incertidumbre, significado del trabajo, socialización, identidad, diferencias por edad.

**Abstract: «Competing for precariousness. Consequences on working conditions in the sector of textiles and clothing after trade liberalization»**

*The first of January 2005 was opened, but with nuances, the fee waiver protectionist world trade in textile products and clothing. Thus emerged new and powerful competitors for workers in the sector and thereby increased their vulnerability.*

*In this paper I summarize some of the results obtained in the preparation of my doctoral thesis where I analyze the effects of such liberalization in labor conditions in Alcoià, Comtat and Vall d'Albaida, valencian territories whose identity and history are deeply connected with the textile industry. To the poor working conditions that have traditionally supported the studied group, it now adds uncertainty and anxiety that comes from being aware of its replacement for labor.*

*Key words:* insecurity, uncertainty, meaning of work, socialization, identity, age differences.